

**La escuela: un espacio para detonar la
“nueva resiliencia” ante una “nueva normalidad”.**

Por: Olga Arzola Peralta

2020

El término resiliencia apenas hace unos años permeó en el ámbito de las ciencias sociales, incluyendo en el de la educación. El concepto que acuñamos entonces hace referencia a la capacidad que tiene un individuo o un grupo sobreponerse y vivir con cierta normalidad ante eventos o contextos traumáticos, estresantes, que le son adversos para su desarrollo. Sin embargo, el paradigma que vivimos este 2020 hace pertinente plantearnos que el mundo entero, -no un grupo o persona-, deberá desarrollar una nueva resiliencia ante un cúmulo de eventos que anteceden y precederán a la llamada “nueva normalidad”.

Cuando en diciembre de 2019 los telediarios informaban sobre un nuevo virus que estaba provocando la muerte de ciudadanos chinos, no había realmente una percepción de alarma por ese motivo. La frecuencia con la que somos bombardeados por hechos dramáticos de diferente índole nos ha acostumbrado a cierta lejanía con cualquier drama humano. Sin embargo, la Declaratoria que hizo la Organización Mundial de la Salud después de la reunión del 22 y 23 de enero en Ginebra del Comité de Emergencia del Reglamento Sanitario Internacional (2005) acerca del brote de nuevo coronavirus (2019nCoV), encendió los focos de alarma en muchos países, y en otros, caso contrario, se desdeñó la noticia sin enfrentarla con la seriedad que se debía, quizá porque la sociedad mundial en la época moderna no había estado ante un hecho de desastre global como el que se vive.

Lo anterior ha puesto en el vocabulario de todos nosotros palabras como “pandemia”, “COVID-19”, “coronavirus”, y en términos estadísticos que muchos sólo habían escuchado en algún aula, todo ello resulta en el inconsciente colectivo que rápidamente lo lleva a una asociación directa con la muerte, y en el mejor de los casos, con el desempleo, la falta de alimento, la falta de solvencia económica para mantener el ritmo de vida al que cada grupo social se había acostumbrado y para el que encaminaba los esfuerzos diariamente.

En este contexto existe una ruptura inmediata, con el espacio público y las relaciones sociales. El espacio público especialmente es un universo en el que se representan los logros sociales, económicos, políticos e ideológicos, con los que la individualidad de cada

se convive y a los que aporta sus propias necesidades. El tránsito por una calle, el ir y venir de una esquina a otra, el paseo por un centro comercial, la compra de un café, la venta de una mercancía, el saludo a un conocido, todo está en el contexto de nuestras conquistas como sociedad.

Sobre el espacio público existen muchos estudios que definen lo que significa para las sociedades modernas, tanto en sentido positivo como negativo. En este último caso, quienes abordan los temas de desintegración social, de exclusión y de procesos políticos expresados en este ámbito, como Pérez (2008), señalan que en él se evidencian “significaciones materializadas en las acciones sociales cotidianas y en la formación de distanciamientos culturales dirigidos a la separación, más que a la integración social”. Aquí alude a la manera en que en el entorno nos damos cuenta de procesos de exclusión, de violencia y de separación entre clases sociales. Sin embargo, la paradoja ahora es que, a todos, absolutamente a todos, este espacio ha sido coartado en primera instancia. Por tanto, este es el primer cambio dramático al que nos enfrentamos.

Cada una de las entidades que conforman la sociedad global; aldeas, caseríos, colonias, municipalidades, estados, países, y continentes han sido tocadas de una u otra manera en su espacio y en sus relaciones. En este sentido el momento actual es de duelo por la pérdida de una forma de vida.

Ahora bien, la escuela como un micro universo en el que los docentes y en general, la comunidad educativa tiene la finalidad última de formar ciudadanos que tengan herramientas para vivir reconociendo sus habilidades, capacidades y estableciendo nexos con el otro para un desarrollo basado en el aprendizaje continuo, en la colectividad lo mismo que en la autonomía, fue trastocada. De hecho, quien enfrentó de manera inmediata una forma de reorganización institucional y social fueron las escuelas y los padres de familia. La primera de forma obligatoria por norma, pero también desde el punto de vista moral e ideológico.

Se dice que un cambio de paradigma ocurre cuando el o los sistemas sobre los que descansa una idea practicada por una sociedad ya no responde a su realidad ni a sus necesidades, por tanto, la sociedad se reorganiza, se reestructura e impone a sí misma nuevas reglas y formas de hacer la cosas. Estamos en ese momento. Es necesario reflexionar sobre la primera impresión que hemos obtenido de nuestra resiliencia.

En principio se ha mencionado cómo este término ha sido acuñado en las ciencias sociales, pero deviene de la física, García *et al* (2016), explican que la resiliencia en los materiales se refiere a su capacidad para recuperarse cuando son sometidos a diferentes condiciones de presión y fuerza (p. 60). De acuerdo a ello, las ciencias sociales trasladaron el concepto para explicar la capacidad del ser humano, precisamente, de reponerse a situaciones que bien podrían llevarle al límite y a la desestabilización de su *psique*.

Sin embargo, la diferencia fundamental que puede encontrarse entre esta primera conceptualización es que el término se aplica a un individuo o grupos, frente a condiciones adversas en determinado tiempo y lugar. Lo cierto es que el desarrollo de la pandemia está llevando a la población a una resiliencia global, es decir, superamos un tiempo y lugar determinado por un evento del que no tenemos un horizonte de tiempo cierto, menos aún un lugar geográfico que pueda ser excluido de este magno hecho.

Ante ello, la escuela no sólo debe reorganizarse, el reto paradigmático consiste en cómo seguir cumpliendo con el fin que le dio origen desde el principio de las civilizaciones. En México, como en otras partes del mundo la reacción de la escuela fue inmediata; el modo de reorganización echó mano de las tecnologías de información basadas en internet. Puede decirse que, en un periodo muy corto de tiempo, se ampliaron o desarrollaron nuevas capacidades: desde la adaptación de los planes y programas a un espacio digital, hasta la creación de nuevas formas de comunicarlos y ahondar cada vez más en una didáctica a distancia.

Caben muchas reflexiones aquí, desde una poética que lleva el marco de la supervivencia del profesor y la de los alumnos, hasta la de una realidad clara: la escuela es un continente en el que los alumnos deberán sostenerse forzosamente para adaptarse a lo que la OMS (2020) y las autoridades nacionales han inscrito con el término de “nueva normalidad” (Secretaría de Salud Federal, 2020).

En este sentido, los problemas que implica dicha “normalidad”, son diversos y quizá en cada región sean particularmente complejos. Cuando se estableció como recurso principal las clases a distancia (SEP, 2020), por lo menos en México, y seguramente en cientos de poblaciones de los países en desarrollo, fue el maestro quien debió desarrollar estrategias de enseñanza que enfrentaran la inexistencia de esos recursos básicos: energía eléctrica, internet, y dispositivos electrónicos.

Tenemos entonces otro tipo de supervivientes, de resiliencia sumada a las ya deplorables condiciones que pueden enfrentar día a día los niños y jóvenes en México, Guatemala, África o Nepal. En cualquier caso, es seguro que quien tuvo que sobreponerse a su propio duelo en curso fue el profesor, para enfrentar con lo que tenía, con lo que su ingenio, creatividad y vocación le puso en mano.

Por otro lado, un obstáculo que no se ve, pero que tiene un efecto muy adverso para replantearnos nuestros sistemas de enseñanza-aprendizaje ante la pandemia, es el pensamiento mágico. En términos simples puede explicarse como la forma de pensar que convierte una realidad evidente no deseada en algo idealizado: “pronto regresaremos a la vida normal”, “cuando esto termine”, “cuando la pandemia pase”, entre otros pensamientos que se aferran a lo que ya es tiempo pasado.

Los fenómenos que hoy vivimos no tienen precedente, no hay una planeación, un programa, un protocolo que disminuya totalmente el riesgo de morir, lo mismo que diga a las estructuras de la sociedad como “volver a la normalidad”, precisamente porque no se puede teorizar sobre algo que es nuevo, y aunque en términos científicos se aluda al virus como la evolución de un coronavirus preexistente (Belasco y Fonseca, 2020), en realidad esto no abona nada a una solución práctica, real e inmediata para ningún sistema.

¿Qué toca hacer entonces? La propuesta aquí es que las comunidades educativas deben reconocer lo capaces que han sido, y si bien ha habido una gran diversidad de respuestas y condiciones ante un mismo hecho: escuelas que han quedado con un porcentaje muy bajo de alumnos, familias para las cuales no es prioridad ahora la escuela, sino enfrentar el duelo por la pérdida de uno o varios seres queridos, y la desestabilización económica, laboral y emocional, es evidente que la escuela debe prevalecer como institución sobre la cual la sociedad descansa en las necesidades de formación, desarrollo de conocimientos que potencien capacidades, habilidades, destrezas en los seres humanos a los que se debe.

El primer paso ha sido dado, debemos poner énfasis en lo que tenemos ahora y desarrollar otros recursos. Internet ha sido una herramienta invaluable a la hora de dar acceso a la comunicación entre grupos, entre maestro – alumno, padres de familia – maestros, autoridades – maestros, y otros grupos sociales.

En el contexto de la escuela, son muchos los que han teorizado por décadas sobre una escuela ideal, ahora debemos acortar la teoría y probar en la práctica métodos más rápidos,

eficientes, y formarnos en materias que habíamos ignorado. Es tiempo de la multidisciplinariedad, y si somos honestos, este paso también ya lo hemos dado. Revise usted el número de conferencias, de reuniones virtuales, de enlaces, reuniones de todo tipo en los que los educadores dejaron de elegir a sus asesores de contenidos, para abrir las puertas de su aula virtual a otras voces que les dijeran cómo.... ¿Cómo utilizamos internet? ¿Cómo utilizamos un recurso virtual para conectarnos? ¿Quién nos apoya emocionalmente? ¿Quién puede explicar qué nos está pasando? Cada uno desde sus diferentes conocimientos y disciplinas.

Debemos ir hacia la realidad con la certeza que nos da el conocimiento de las cosas, si nos capacitamos en Tecnologías de la Información, si somos capaces de abrirnos hacia nuevos esquemas, contenidos, temas, comunicación, y relaciones con el otro, fortaleceremos esa resiliencia. Los modelos económicos y de desarrollo de diversa índole están agotándose porque no estaban preparados para enfrentar la pandemia ni la muerte de miles o millones de personas, los que están emergiendo para responder a esto son las tecnologías de información y quiénes están aprendiendo de ellas para rehacerse, reestructurar un entorno que debe de comenzar a aceptar que es una nueva era de la educación como de las demás ciencias.

Entonces ¿en qué medida cada uno de nosotros está preparándose para ello? Quizá deseemos permanecer en un pasado que, como tal, no vuelve y es preciso pensar en el futuro que estamos construyendo precisamente en este momento y del cual dependerá que la escuela y todas las instituciones justifiquen su razón de ser. Es necesario pensar en que los alumnos dejaron de circunscribirse al aula física, y que ésta está en proceso de transformarse: los niños autodidactas no es que prescindirán de los profesores, se apoyarán de ellos, quizá los superan ya en otras habilidades tecnológicas, y por ello, los maestros deben capacitarse para acompañar, -no para pararse enfrente del grupo-, sino para ir de la mano a encontrar las respuestas a las inquietudes de los niños, de los jóvenes y de cualquier grupo en el que participen.

A este respecto, otro choque de realidades surgió cuando los profesores mostraron debilidades en las Tics, vistas en teoría en su propia formación académica y mencionadas una que otra vez en los planes y programas en México, dándose cuenta que era un recurso que muchos niños operaban mucho mejor que el profesor. Esto también es parte del replanteamiento de nuestras nuevas necesidades. Los hechos en la realidad son contundentes frente a los idealismos que a veces sostenemos en el papel, por lo mismo, lo

que se propone como la “nueva resiliencia” también consiste en reconocer debilidades y transformarlas en habilidades evaluables, concretas, bajo la autocrítica del que quiere ser mejor.

Estructuralmente, las limitaciones que viven los niños en situaciones precarias, también obligan a no sólo apoyarse en las TIC´s, sino en estrategias de organización con los padres de familia, con la comunidad, herramientas y recursos que mantengan la comunicación y hagan llegar los contenidos cuando sea necesario.

El regreso a las aulas será un gran alivio para los niños, jóvenes y adultos en general, pero toca al docente prepararlos fortaleciendo sus conocimientos y habilidades para que en tiempos de crisis sean capaces de mantener una forma de organización y comunicación que no les impida seguir aprendiendo.

Conclusión

Este corto período de tiempo que para muchos los ha confrontado con sus debilidades como seres humanos y que socialmente han encontrado sistemas que responden en la medida de lo posible a sus demandas, y no siempre lo hacen de manera eficiente, nos ha enseñado a que el ser humano debe desarrollar esto que puede verse como una nueva resiliencia, por la magnitud de la adaptación que se requiere para enfrentar lo que en términos de instituciones internacionales se ha definido como “nueva normalidad”. Como maestros, enfrentemos la incertidumbre y el peligro, como certidumbre y nuevos esquemas de comunicación, de profesionalización y una visión nueva de nuestro papel en el que otros pueden enseñarnos, fortalecernos y acompañarnos, seamos entonces comunidad que comparte conocimientos, que aprende de otros, que se apoya en la experiencia del otro y está abierto a dar y recibir.

Referencias

Belasco, S. & Fonseca, D. (2020). Coronavirus 2020. *Revista Brasileña de Enfermería*; 73(2): e2020n2, sito web, http://www.scielo.br/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0034-71672020000200100&lng=en. Epub Mar 27, 2020. <https://doi.org/10.1590/00347167-2020730201>.

- García, J. A., García, A., López, C. & Díaz, C. (2016). Conceptualización teórica de la resiliencia psicosocial y su relación con la salud. *Salud y drogas*, 16(1),59-68, sitio web, <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=839/83943611006>
- OMS. (2020). Alocución de apertura del Director General de la OMS en la rueda de prensa sobre la COVID-19 celebrada el 22 de abril de 2020. *Who.int.es*, sitio web, <https://www.who.int/es/dg/speeches/detail/who-director-general-s-openingremarks-at-the-media-briefing-on-covid-19--22-april-2020>
- Organización Mundial de la Salud. (2020). Preguntas y respuestas sobre la enfermedad por coronavirus (COVID-19). *Who.int.es*, sitio web, https://www.who.int/es/emergencies/diseases/novel-coronavirus-2019/advice-forpublic/q-a-coronaviruses?gclid=Cj0KCQjwuJz3BRDTARIsAMg-HxW2vylcNtKfoml6Qh8B8CSh8NV8xIhAUMqVxvNmBDkyvBZjIqBj-4gaAvPnEALw_wcB
- Pérez, C. (2008). La convivencia social como proyecto político colectivo. *Utopía y Praxis Latinoamericana*, 13(42), 107-129, sitio web, http://ve.scielo.org/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1315-52162008000300007&lng=es&tlng=es
- Secretaría de Educación Pública. (2020). Estrategias de enseñanza a distancia. *Gobierno Federal*. Sitio web, <https://www.dgb.sep.gob.mx/educacionadistancia/category/sep/>
- Secretaría de Salud. (2020). Información general sobre el nuevo coronavirus COVID-19. *Gobierno Federal*, sitio web, <https://cwww.gob.mx/salud>.